

IX CONCURSO DE RELATOS CORTOS “EUGENIO ASENSIO”

CURSO 2017-2018

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA B

Claudia Palmiero

Liceo “Regina Margherita”

Turín, Italia

66 a Fuentenegra

Enrique, el conductor del autobús 66 de la ciudad de Fuentenegra, era un hombre soltero y sin familia: había sido adoptado y sus padres adoptivos habían fallecido unos años antes. Su vida era muy aburrida, de verdad. Todo el día sobre el autobús. Al amanecer de un día igual a los demás, iba a empezar su turno de trabajo: la mañana fue bastante normal hasta la llegada de los alumnos de la escuela que, como siempre, llenaron completamente el autobús. Risas, gritos, música... todo normal para el 66.

A las 8 el autobús llegó a la escuela y todos los alumnos bajaron como tornados.

“Por fin”, pensó Enrique, al que no le gustaba muchísimo la juventud, aunque él mismo tuviese sólo unos 35 años. Sin embargo, aquel día el 66 no se quedó vacío hasta el final de su recorrido, porque subió un personaje que Enrique no había visto nunca. No era el bienvenido por no tener billete: era un mendigo. Enrique paró y se acercó al hombre para decirle que tenía que bajar inmediatamente o llamaría la policía, pero no logró pronunciar ni una palabra porque el mendigo le dio una caja, y Enrique se calló. La abrió, vio su contenido pero no comprendió, y estaba a punto de preguntar al hombre qué significaba todo eso, pero el mendigo ya no estaba allí. Había desaparecido en un instante.

Enrique observó otra vez el contenido de la caja: un extraño objeto redondo de metal que parecía precioso y muy antiguo. No tenía idea de lo que fuera, pero se dio

cuenta de que la caja también contenía una carta sobre la cual leyó un mensaje: “Ruedan las ruedas hasta el puente. Seis son las vueltas hasta la fuente”.

En su vida aburrida y monótona, nunca la había pasado algo así: misterios y enigmas no formaban parte de su cotidianidad y por eso toda la situación empezaba a fastidiarle.

“No soy un detective”, pensó Enrique y puso otra vez en marcha.

Desde el día en que había recibido la caja, Enrique nunca más vio al mendigo, pero, tras algunos días, se dio cuenta de que un nuevo pasajero había empezado a frecuentar el 66. Era una mujer con el pelo largo y negro, los ojos oscuros y que siempre llevaba ropa negra. Era guapa y muy elegante, y por eso llamó su atención desde el primer momento. Vio que bajaba siempre en la misma parada, la del puente viejo de Fuentenegra, en una zona bastante aislada de la ciudad.

Enrique siempre pensaba en la caja y su contenido: ¿qué significaría el mensaje? ¿Qué era esa bola de metal? Seguía conduciendo y pensando. Era domingo y el 66 era muy tranquilo, solo estaba la mujer misteriosa.

De repente, por un coche en la carretera, el autobús derrapó y la caja que Enrique tenía a su lado cayó y se abrió. El objeto misterioso voló fuera de la caja, de la bola, salió un trozo de metal que parecía la punta de una llave. La mujer puso cara de sorpresa y, al ver el objeto, intentó cogerlo, mirándolo como si supiera de qué se trataba. Enrique frenó bruscamente y recogió la caja y su contenido. El autobús se encontraba a la parada del puente viejo y él abrió las puertas. La mujer bajó escapando al otro lado del puente. Enrique se acordó del mensaje. “Ruedan las ruedas hasta el puente. Seis son las vueltas hasta la fuente”. Era ése, ¿el puente? Aunque no fuese un detective, no podía parar de pensar en ese extraño misterio, y el día siguiente decidió investigar. Llegó al puente en coche y vio la mujer bajar del 66, conducido por su colega Ignacio, con que había cambiado su turno. Sin dejarse ver, la siguió hasta una antigua casa abandonada. La

mujer estaba intentando forzar el cerrojo de la puerta, pero Enrique salió de su escondite y dijo: “Creo tener la llave. Deme una razón para ayudarlo”.

La mujer: “Por fin llegaste. Aquí dentro está algo que cambiará tu vida. ¿Te parece una razón válida?”

Aunque no comprendiese lo que estaba pasando, Enrique sacó la llave de la caja, la puso en el cerrojo y dio unas vueltas, pero no se abría. Luego la mujer quitó el polvo de la parte superior de la puerta, y Enrique vio escrito “La Fuente”.

De repente pensó: “Seis son las vueltas hasta la fuente”. Y dio seis vueltas de llave. La puerta se abrió. La mujer sonrió.

“Pero, ¿como lo sabías?”, le preguntó Enrique.

“Yo sé todo. ¿Quién piensas que te dio la llave? Yo te conduje aquí desde el principio”.

“Eres tú el mendigo?”

“Sí, y yo puse el bache en la carretera para que la caja cayera justo cerca del puente y mostrara la llave”.

Enrique se quedó sin palabras, pero empezaba a comprender. Dentro de la casa, encontró unos documentos en que se leía que él era el heredero de la familia La Fuente, la más importante de Fuente Negra que había desaparecido sin encontrar su último heredero. Enrique había sido adoptado de pequeño, cuando su madre había muerto en un accidente.

“¿Quién eres tú?”, preguntó Enrique, levantando la mirada del documento.

No había nadie. La mujer había desaparecido, pero le había conducido allí para cambiarle su vida, y así fue.

La vida de Enrique nunca fue aburrida como antes.